

S E R M O N
DE
NUESTRA SEÑORA DE LOS POLORES

PREDICADO POR EL

Pbro. Bachiller D. Agustín Escalante y Espinosa

Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.

Estaba junto á la cruz de Jesus su Madre.

Joan., XIX, 25.

1. Pueblo cristiano: Todo respira hoy en este lugar santo desolacion y amargura: los ministros del Dios de paz se hallan compungidos, y los fieles que siempre rodean con alegría los bellos simulacros de la protectora de la humanidad, de la bellísima Virgen de Judá, traen hoy marcados en el semblante, signos que demuestran la tristeza que se ha apoderado de sus corazones. ¿Sabreis decirme, mis hermanos, la causa que motiva tanta pena? ¡Ah! Que yo fijo mi vista en esa enlutada imágen, y comprendo que es imposible manifestar hoy alegría en su presencia. María, el objeto de nuestro acendrado amor, sufre

honda pena, su corazon se halla de parte á parte dividido: ha presenciado la crucifixion de su divino Hijo, y háse cumplido con la mayor exactitud el vaticinio de Simeon cuando dijo, penetrando divinamente el porvenir: *Et tuam ipsius animam pertransibit gladius*: Una aguda espada de dolor traspasará tu alma.

2. ¿Y qué esperais de mí, cuando debo hablaros del tormento de la bendita Madre de Jesus durante la trágica escena del Calvario? ¿Tal vez elevados conceptos, ó que ponga en juego las galas del buen decir? Vana sería en este caso vuestra espectacion, porque aunque para ello fuese proporcionado mi escaso entendimiento, el asunto que nos ocupa no há menester elocuencia: es más propio para pintarse con lágrimas que con palabras. Una Madre como María, que ve padecer y morir á un Hijo como Jesus, y que permanece despues inmóvil al pié del patíbulo, es un espectáculo terrible, que apenas puede concebirse, ni mucho menos explicarse.

3. Yo me acerco, mis hermanos, al monte del Señor, y veo desfigurada toda la brillantez de la hermosa Noemis: dirijo mi vista á la cátedra sagrada de la Cruz, y veo á una mujer en la que descubro los rasgos con que fuera anticipadamente anunciada por los Profetas. ¡Ah! Que la señora de las naciones ha quedado como desolada viuda: la ciudad, que era tan populosa en otros tiempos, ha quedado desierta y como abandonada. ¿Eres tú, ¡oh purísima María! aquella criatura hermosa que viera San Juan en su maravillosa vision, vestida del sol, teniendo por escabel la luna, y la cabeza adornada de doce estrellas? ¿Eres tú, la que fuiste adornada con más gracia y riquezas que cuantas reunieron todas las demás hijas de Sion? ¡En qué estado tan triste te encontramos!.....

4. Cuando el evangelista Juan, mis hermanos, no encontrando palabras con que pintar el martirio de la Santísima Virgen, se contenta con decir que estaba al pié de la cruz de Jesús su Hijo, dejando que el entendimiento medite lo que á la lengua le es imposible explicar; ¿qué

BIBLIOTECA U. A. N. L.

podré yo decir en mi deseo de satisfacer vuestra justa expectacion? Haré cuanto me sea posible para haceros comprender *que María fué más que mártir, pues que su dolor y el tormento de su corazon es superior á todos los tormentos que han sufrido los mártires de todos los siglos.* Imploramos los auxilios de la divina gracia, por la intercesion de la Santísima Virgen, á la que saludaremos devotamente, si bien llena de dolor, tambien llena de gracia.—AVE MARIA.

PARTE UNICA

1. Desea, señores, un devoto contemplativo y cantor afectuosísimo de las grandezas de la Santísima Virgen, hacer comprender de algun modo la magnitud de los dolores de la Señora en el Calvario, y dice que es necesario subir cinco gradas que nos elevan tanto cuanto basta para hacernos ver el exceso de estos dolores ó al menos confesar que no hay lengua humana capaz de explicarlos. Subamos con tan piadoso escritor estas cinco gradas y al fin de ellas veremos con cuánta justicia la Iglesia llama á María Reina de los mártires.

2. En primer lugar es mujer; por consiguiente, de un natural tierno y compasivo. Sabido es, que las mujeres son más sensibles á la alegría como al dolor, y siempre se ha observado que los padecimientos ajenos excitan en ellas más compasion que á los hombres. Pero María, como en todo fué superior á las demás criaturas, no ha habido mujer alguna dotada de un corazon tan tierno y compasivo como el suyo.

3. En segundo lugar es madre: bien sabeis, mis hermanos, que no hay amor alguno que pueda compararse con el amor de una madre. Pues bien, añadid á esto que María es Madre de su Hijo único. El dolor de una buena madre en la muerte de su único hijo no admite consuelo, porque es una pérdida irreparable. Además, el Hijo único de quien es Madre vale más que todos los hijos de todas las mujeres juntas que hayan amado á sus hijos; por consiguiente, el dolor natural que la acongoja en su muerte, es tal, que todos los dolores de las otras madres jamás igualarán al suyo. Empero, lo que debe exacerbar infinitamente su dolor es que aquel Hijo único de quien se ve privada por la muerte, era para ella todas las cosas, y perdiéndole todo lo pierde.

4. En efecto, señores, esta segunda reflexion ó grada que nos va llevando al conocimiento de los dolores de la Virgen, nos demuestra infinitamente lo hondo de su martirio. A más de que María era verdadera Madre de Jesús, sabía que éste su Hijo amadísimo era verdadero Hijo de Dios, y tenía un exacto conocimiento de todas sus perfecciones. Así, pues, le veía afeado en la Cruz y sabía que era la misma hermosura, sufriendo cruelísimos tormentos y sabía que era como Dios impasible, y sufre y padece en el fondo de su corazon viendo realizarse el gran misterio de la Redencion humana, sin exhalar la más mínima queja, á través de la aguda espada de dolor que traspasa su bendita alma. Pero sigamos subiendo con el contemplativo que nos va sirviendo de guía las gradas de nuestras reflexiones.

5. Decíamos que María, perdiendo á Jesús, todo lo perdía; por eso el devotísimo padre San Bernardo, llora con ella y pone en su boca estas palabras, llenas de ternura y amor: *Tu mihi pater, tu mihi mater, tu mihi sponses, tu mihi lius, tu mihi eras omnis,* ¡oh Jesús Hijo único de Dios vivo, é hijo único de su humildísima esclava, que te ve morir en esta cruz! Tú eres para mí todas las cosas, tú eres mi padre, eres mi hijo, mi esposo, mi Dios y todas

BIBLIOTECA U. A. N. L.

las cosas: perdiéndote, ya nada me queda en el mundo. Contemplemos que María, mujer y madre, presencia la trágica escena del Calvario: que está presente á la crucifixion de su divino Hijo, y habremos subido á la tercera grada en nuestra meditacion. Ciertamente, es muy doloroso para una madre recibir la noticia de la muerte de un hijo, y mucho más si aquella muerte ha sido desastrosa. Así el infierno trató de vencer la inalterable paciencia de Job, haciendo que sus criados le fuesen llevando las noticias de las pérdidas de sus hijos; sin duda que su afliccion se hubiera aumentado si hubiese estado presente á los estragos y desgracias que se le anunciaban. Ahora bien: María no oye referir los tormentos que la ingrata sinagoga ha hecho experimentar al Hijo de sus entrañas: ella no espera que le traigan nuevas de tan tristes acontecimientos. Sus mismos ojos son testigos de cuanto ocurre en el Calvario, y así es que cuanto padece Jesús en su cuerpo, lo sufre María en su corazon: *Quot laesiones in corpore Christi; tot vulnera in corde Matris*. Si como la misma dolorosa Reina, reveló á Santa Brígida, fué tan general y violento el dolor que las criaturas sintieron por la pasion y muerte de su Criador, que no sólo el cielo y la tierra, los astros y los elementos manifestaron su duelo, sino que el corazon de los mismos demonios, aunque enemigos declarados de Dios, experimentaron por ello un aumento de penas más crueles que el infierno; ¿qué estrago no causaría dolor tan violento en el corazon de tan amantísima Madre?

6. Hé aquí, ¡oh María purísima! aquella espada de dolor que anunció Simeon traspasaría tu alma. Ya eres más que mártir, porque no hay dolor, no hay tormento, no hay martirio posible que pueda compararse con el que experimenta tu corazon. ¿Por qué quisistes presenciar la trágica escena del Calvario? ¿Por qué no permanecistes en tu retiro en compañía de los apóstoles? Pero era preciso, señores, que María fuese testigo de todos los tormentos y de la muerte de su divino Hijo: debía dejar al

mundo el más perfecto modelo que imitar de obediencia y resignacion.

7. Subamos otra grada, y consideremos á la obedientísima María, inmóvil junto á la cruz, de la cual pende su divino Hijo. Nadie ha sabido expresar mejor que el Padre San Bernardo, todo el tormento de un corazon amante. María, dice, se vió libre en su parto de dolores por su virginal pureza. Pues bien, al pié del leño santo es donde sufre aquellos dolores: *Ibi dolores ut parturientis*. Sí, pagó aquellos dolores y los pagó con usura. Jesús se halla próximo á exhalar el postrimer aliento: su Madre fija su vista en aquel rostro desfigurado y cadavérico, cubierto con la sangre que brota aun por las heridas de la corona. Ahora es cuando puede exclamar: ¡Atended y ved todos los que por aquí pasais, si hay un dolor que pueda compararse con el mio!

8. La divina Víctima abre por última vez sus labios y anuncia que ya ha consumado la obra para la cual fué enviado por su Eterno Padre. *Consummatum est*, exclama, é inclinando la cabeza sobre el pecho, exhala su postrimer aliento. Ya concluyeron para el divino Reparador los dolores y tormentos: al tercer dia de su muerte resucitará por su propia virtud y despues subirá al cielo á ocupar su trono á la diestra de su Padre. Pero, ¿y María? ¿Ha concluido ya de padecer? ¿Tuvieron fin los tormentos de su corazon amante? ¿Ha caído de su cabeza la diadema de tribulacion que la ceñía? De ningún modo: antes bien ahora se acrescientan sus dolores, si es que en ellos cabe aumento. Le ha visto en manos de sus enemigos, despojado de sus vestiduras y hecho el oprobio de aquella turba infame, que se complacía en atormentar á la divina Víctima: ha presenciado el acto cruel de la crucifixion: cada golpe del martillo destrozaba á un tiempo el cuerpo del Hijo y el corazon de la Madre: le había oído que tenía sed y no le había sido posible refrigerar su garganta: le había visto, por último, padecer del modo más cruel, sin haberle podido pro-

porcionar alivio. ¡Cuánto dolor! ¡Qué angustia tan terrible!..... Pero ahora ya Jesús ha dejado de existir, y á su desconsolada Madre ni aun le queda el consuelo de escuchar su voz ni dirigirle la palabra. Ahora se encuentra como triste y desamparada viuda: ¡faltándole su Jesús le ha faltado la luz de sus ojos y la vida de su alma!

9. Considerad, mis amadísimos hermanos, á esa tierna y cariñosa Madre, inmóvil al pié del leño del cual pende el cadáver de su Hijo: contempladla allí firme como una roca y conoceréis que es una mujer fenomenal, una heroína incomparable. No me recordéis en este momento las cruces, las mortificaciones, las amargas con que Dios ha querido probar á los justos de ambos Testamentos, ni tampoco llameis mi atención sobre los crueles tormentos en que dieron su vida por la fe los mártires de nuestra religion augusta. Nada es comparable con los dolores de la Santísima Virgen María. Cuando ya Jesús se hallaba cadáver, recibió una nueva injuria. Uno de los soldados abrió su costado al golpe de una lanza. La injuria fué para la sagrada humanidad del Redentor, pero el dolor quedó reservado para el corazón de la Corredentora, como ella misma lo reveló á Santa Brígida.

10. Decidme, cristianos, ¿no habrá quien á través de tan terrible angustia preste algun consuelo á la afligida Madre? ¿No habrá lenitivo para la angustiada hija de Sion? ¡Ah! Todo es para ella aflicción y penas. Mira al cielo, clama al Eterno Padre, pero éste, que ha tenido su mano levantada y la ha descargado de un modo el más terrible sobre su mismo divino Hijo, parece no escucharla. ¿Dónde está ahora aquel celestial arcángel que vino un día á saludarla llena de gracia y á anunciarla su altísima dignidad de Madre de Dios? ¿Dónde están los apóstoles, compañeros de Jesús y sus amados discípulos? Poseídos de espanto y de temor ni se han atrevido á presentarse en el lugar de los tormentos. Só-

lo Juan lo ha tenido para acompañar á la más pura y más atribulada de todas las madres. ¿Qué esperas, pues, ¡oh María! en ese lugar de sangre? ¿Por qué no te retiras al Cenáculo? Pero no, María permanece inmóvil al lado de la cruz: *Stabat juxta Crucem Jesu mater ejus*. Su amor casi infinito, dice el Doctor Angélico, hizo que su dolor fuese tambien casi infinito. Dios quiso, dice San Gregorio Nacianceno, que Abraham presenciase la muerte de su querido Isaác, pero dispensó de esto á Sara, porque dotada de un corazón compasivo podía morir de angustia y aflicción. Ni este privilegio fué concedido por el cielo á la mujer modelo: Ella, no sólo presencia la muerte de su Hijo con todas sus dolorosas circunstancias, sino que permanece despues inmóvil al pié de la cruz, dando á los mortales el más sublime ejemplo de paciencia, de humildad, de obediencia, de conformidad con la voluntad divina y de todas las demás virtudes. *Stabat juxta Crucem Jesu Mater ejus*.

11. Hiciste bien, Evangelista Santo, en no añadir cosa alguna con respecto á los dolores de María. Tan breves palabras encierran los más profundos conceptos, y meditadas con detenimiento son suficientes á arrancar á los ojos cristianos un raudal de amargas lágrimas.

12. He procurado, amados fieles, daros una idea, aunque bien débil, de los dolores de la Virgen: ¡ojalá que su meditación sirva para hacernos despertar del letargo de la culpa, y encender en nuestros corazones la llama del amor divino! Una compasión estéril y sin frutos sería vana. Cuando más atravesado de dolor se hallaba el corazón de esta Reina soberana, fué constituida por su divino Hijo Madre de los humanos. Procuremos, pues, hacernos dignos de sus favores y sea por la imitación de sus virtudes. Si á su ejemplo somos obedientes á la voluntad divina, si vivimos en un todo conformes con cuanto la Providencia ordena de nosotros; si procuramos, en suma, por la práctica de las buenas obras, aprovecharnos del fruto de la Redención, entonces la devoción que

profesamos á la Santísima Virgen será aceptada por esta Reina de los Mártires. Ella enjugará nuestras lágrimas, nos dará consuelo en las aflicciones del mundo, y asistiéndonos en la hora de nuestra muerte, por su intercesion, despues de haber sido felices en el tiempo, seremos más felices en las mansiones de la eternidad.—AMEN.

SERMON DE VISITACION

PREDICADO EN MEXICO EN 1868

POR EL

Sr. Pbro. Dr. D. V. Guadalupe Romero

Canónigo Doctoral de la Santa Iglesia de Michoacan (1).

Maria intravit in domum Zacariae et salutavit Elisabeth.

María entró en la casa de Zacarías y saludó á Isabel.

Joan., I, 40.

Cuando medito, hermanos míos, sobre la misteriosa visita que hizo María á su prima Isabel, no encuentro qué cosa debemos admirar más en ella, si el designio de caridad que conduce á las montañas á la madre de Dios, las maravillas que produce su presencia, las palabras de bendicion que Isabel le dirige, ó ese cántico divino con que María ha inmortalizado esta visita.

Cuando aplico con la Santa Iglesia Católica la visita de Isabel á la del Tepeyacac, en la milagrosa aparicion de Guadalupe, cuando noto las admirables analogías de una y otra, mi alma se siente conmovida y mi corazon se llena de los más tiernos sentimientos de amor.

(1) Por una distraccion se publicaron antes que éste los sermones de Dolores.